

## **Ascetismos y lujurias**

En la Biblioteca “Luis Ángel Arango” de Bogotá hay, entre otros ambientes de reunión, un espacioso auditorio en el tercer piso. Por sus amplias ventanas se divisan las colinas boscosas de los alrededores y el cielo cambiante y lluvioso de la capital colombiana. Se aprecia, asimismo, y muy bien, el costado de una iglesia antigua. Una iglesia blanca con cornisas pintadas de verde, como es frecuente en la arquitectura tradicional de Nueva Granada. Y cerca de su crucero, en el ángulo con el ábside, hay una terraza, a un nivel más bajo que el de aquella sala, y desde la cual se tiene sin duda una vista espléndida.

Allí daba sus paseos, uno por la mañana y otro por la tarde, un cura anciano de cabellos muy blancos y rostro rubicundo. Octogenario, se le veía, sin embargo, muy recio, e iba con sosiego de un lado a otro. No distraían su atención ni el viento, ni los ruidos de la urbe, ni la perspectiva de los cerros. Y menos aún lo que podía suceder en el auditorio vecino, al otro lado de la calle.

Pues bien, en una ocasión se realizó en Bogotá un cónclave literario que tuvo como centro de reuniones aquel ambiente. Allí tuvo lugar, en uno de los días del certamen, y ante una numerosa concurrencia, una lectura de textos narrativos a cargo de varios escritores extranjeros, entre los cuales me encontraba yo. Comenzó el cubano Omar González con un cuento extenso, que nos fue difícil seguir por su complejidad. Me tocó luego el turno a mí, con

dos cuentos breves. Y en la segunda mitad del acto el ecuatoriano Miguel Donoso, y el venezolano Denzil Romero, nos obsequiaron con sendos capítulos de novelas inéditas.

Por coincidencia ambos textos resultaron ser de una temática explosivamente erótica. El de Donoso, en la medida en que pudimos captar sus hilos, nos pareció de una gran intensidad, y pródigo en las más arcaicas manifestaciones amorosas —orales, anales, uretrales—, gobernado todo ello por una lucidez implacable, no cerrada, sin embargo, a las anotaciones humorísticas. El capítulo de Romero, en cambio, era como una corriente desatada, tropical e hiperbólica. Y no era para menos, pues el protagonista procedía, a lo largo de muchas páginas, a la más vasta masturbación de que haya memoria, en que oficiaban como objeto de deseo las más hermosas doncellas y madamas que en el mundo han sido. Y era tal su frenesí, que aun la propia madre del personaje estuvo a punto de ser violada en ese terrible ejercicio de la imaginación y de las manos.

El público siguió con creciente interés ese despliegue verbal y amorio. Nadie se espantó por la crudeza de las escenas y la fuerza del lenguaje. ¿Qué hacía, mientras tanto, el viejo cura en su terraza? Insensible a las risas, cuyo estruendo debía llegarle a través de las ventanas abiertas, y sin ningún deseo de saber la razón del jolgorio, proseguía impasible con su paseo, al margen por completo de toda curiosidad. Sólo tenía ojos y oídos para su discurso interior, sin duda porque a esa edad, y en tal condición, ya nada interesa, excepto ese abstraído diálogo con Dios y con la muerte.

No podía ser, pues, más rotundo el contraste. Allá un místico recogimiento, y en el auditorio la más galopante concupiscencia. Y, sin embargo, acaso había también en el riguroso abstraimiento del sacerdote una secreta y honda lujuria, así como en la tórrida lascivia de los narradores un severo y duro ascetismo.